

á la negacion sistemática de la verdad revelada, y al empeño, con que trabajan los hombres para desterrar á Dios de la sociedad, y hacerse independientes de la autoridad de su Vice-gerente en la tierra, han seguido los castigos, que tienen por objeto destruir lo malo y restablecer el imperio de la justicia. Son muchos los errores que se han propagado para consumir el crimen del despojo del Padre Santo, como lo diremos ahora con toda claridad; y no extrañamos que Dios haya tomado en su mano la vara de la justicia; pero, antes de entrar en la vasta materia del derecho nuevo, permítasenos hacer una corta reflexion sobre esos grandes infortunios de las Galias. Triste y lamentable es su estado; la juventud ha tenido que abandonar los talleres y la labranza: las fábricas, esos grandes focos de desmoralizacion y corrupcion de ideas de la edad florida del hombre, se encuentran cerradas: un solo pensamiento anima hoy dia á cuantos viven en esa nacion, el de unirse todos sus hijos, para sostener su independencia y defender su integridad. Y no podria esto ser una cura que Dios quiere dar á la enfermedad social, que estaba amenazando ya á la existencia de ese pueblo? ¿No vimos hace ocho meses los levantamientos de los operarios, que en todas partes querian ser los dueños y administradores de los bienes de los propietarios, de donde salia su subsistencia por medio del trabajo? ¿No tuvo que intervenir en todas partes la fuerza de la autoridad para obligar á entrar en el círculo de sus deberes á los amotinados? Todo eso era el principio de una guerra provocada por el socialismo, en el cual han sido iniciadas las clases proletarias mediante dos elementos poderosos, y capaces ellos solos de destruir la sociedad. Uno de estos, es la libertad sin freno que han dado los gobiernos á la prensa corruptora de los principios de justicia, y la proteccion que ha dispensado á los que atacan sin cesar la religion revelada: otro, la publicacion incesante de tanto libro nefando, en los cuales se ha desterrado á Dios de la sociedad, se ha enseñado al pueblo, á levantarse contra los ricos, para la reparticion de la propiedad ajena, y á constituir el derecho y la ley en la fuerza y en el número. Una guerra

social hubo en Francia hace ya ochenta años, en la cual, al grito de igualdad, libertad y fraternidad, fueron despojados de sus bienes los templos, el clero y la grandeza, habiendo costado esta guerra cerca de millon y medio de víctimas humanas; siendo la primera un rey bondadoso, y la última hasta un plebeyo que tuviese opinion contraria á los que con nombre de igualdad reinaban con ferocidad sobre el pueblo.

Y ahora, ¿á donde queria llevar sus conatos el pueblo corrompido por las malas doctrinas? A la destruccion del propietario para apoderarse de sus riquezas; y de allí se hubiera ido al planteamiento de la horrible guillotina en las ciudades, y en las comarcas donde hubiese hombres ricos. ¿Es acaso esa guerra, volvemos á decir, un remedio que la mano misericordiosa del Señor ha querido aplicar para detener, á lo menos por algunos años, la marcha que queria emprender el mónstruo horrendo del socialismo? Lo ignoramos; pero el exámen imparcial de ciertos hechos públicos nos mueve á creer, que quizás eso puede ser así; y tenemos bastante fundamento para ello, cuando sabemos por la fe, que Dios es padre amoroso de los hombres, que no toma en su mano la vara para castigar sino á los que ama, y con el fin de que vuelvan en sí, y reconozcan sus errores. Dichoso entre tanto es el pueblo á quien Dios visita con tribulaciones para amonestarle, si él sabe aprovecharse de la leccion. *Dichoso es, dice el Profeta, aquel á quien tú instruyéres, oh Señor, y le enseñáres tu ley, para que lo libres de los dias malos.* (1)

CAPITULO VII.

DEL DERECHO NUEVO:

Es tan natural al entendimiento humano el tener reglas inmutables para obrar en conformidad con ellas, y tan innato el buscar en todo la verdad, que aun el hom-

(1) Ps. XCIII, vv. 12, 13.

bre perverso, cuando se aparta de la rectitud y justicia, se finge á sí mismo ciertos principios sugeridos por su propia malicia, los que sigue en su obcecacion como regla de su conducta. Es claro, por tanto, que para consumir el despojo mas criminal que han visto los nacidos, y destruir por la fuerza brutal un derecho revestido de todas las condiciones prescritas por la ley natural y divina, acatado por el derecho público de las naciones, y venerado por las generaciones de quince siglos, era necesario preparar de antemano los medios de poderlo hacer sin ofender ostensiblemente la conciencia, que llamaremos pública, y sin chocar con el sentido comun, que es propio de todo el linaje humano. Porque este, inspirado en los principios de la verdad eterna, nunca califica de justo lo que es injusto, ni llama bueno lo que es malo, por mas que la iniquidad se presente embozada con galas aparentes de justicia; pues el hipócrita podrá andar enmascarado, un día, pero no diez, pero no ciento: el buen sentido comun lo descubre tarde ó temprano, y al fin lo rechaza con indignacion justísima; que á la verdad nada repugna tanto como la ficcion. Preciso es decir públicamente, y nadie lo podrá negar, que la revolucion hostil al poder temporal del Sumo Pontífice, al fin de su jornada ha revelado con sus actos lo que la guia en sus empresas. Tiene siempre en sus lábios el derecho, no consiguiendo nada sino por la fuerza: todo su derecho se ha reducido entre tanto, á mover ejércitos formidables y atacar á un venerable anciano, para lo cual, no era necesario por cierto estar urdiendo por muchos años tela de falsedades, racamada de mentiras y ficciones, y orlada de una repugnante hipocresía, á fin de delinear en el lienzo principios de un derecho que no es el que Dios á publicado, y que el Vicario de Cristo no podia ménos de anatematizar, como ahora lo veremos en dos extensas consideraciones.

§. I.

Doctrinas subversivas.

Antes de deslindar dos campos, es necesario ver qué bandera tiene cada uno de ellos: hemos de llegar á uno, en el cual ondea un pabellon con color blanco, emblema de santa sencillez, y otro amarillo, significativo de la doctrina más fina y más probada que el oro. Pero, tambien es necesario echar una mirada al estandarte del primer campo que hemos de recorrer; y es triste decirlo, allí campea un color pardusco y sombrío, con algunos enigmas de oropel, es el estandarte de la revolucion, cuyo fondo no revela mas que una idea, la de la hipocresía. Cuanto se haga en ese campo, lleva el mismo sello: palabras buenas, obras malas: acciones al parecer indiferentes, intenciones torcidas: miradas de cordero, intenciones de tigre: movimientos apacibles, arremetidas traidoras y violentas. Esta es la disciplina del campo de la mentira.

A quien haya leído con atencion los santos Evangelios, y observado con estudio lo que pasó en el palacio de Herodes, tan luego como supo que tres sábios venidos de Oriente querian adorar á un rey recién nacido, nada de esto le admira. Oye decir que ese rey va á sentarse en el trono que él ha usurpado, y su único pensamiento es destruirlo. Entre tanto, observemos qué devoto se muestra del rey recién nacido, qué respetuoso hácia las sagradas profecías, y qué obsequioso con los reyes del Oriente. ¿Con que venís, les dice, á rendir homenaje al gran rey, y deseais saber donde ha nacido? No ha nacido aquí; pero los santos Profetas dicen que ha de nacer, no en Jerusalem, sino en Bethlehem: piadosos sois, á la verdad, en vuestra empresa, y dignos de ser imitados; id, pues, á esa ciudad, y despues que lo hayais encontrado, volved por aquí, que yo tambien quiero ir á adorarle.

(1) No extrañará, repetimos, lo que ha sucedido, en vista del degüello de los inocentes, resultado final de aquella política solapada, benévola y piadosa en los labios, cual ninguna; pero sí debe asombrarnos, que potentados regenerados por la sangre de Cristo, hayan aprendido la política en la escuela del que, por medio de palabras llenas de suavidad, se propuso, engañando á los buenos, exterminar al Redentor. Sin embargo, así lo han hecho los que han despojado á Nuestro Santísimo Padre de su reino. Referirémos lo sucedido; descubriremos la máscara de la política mundana; desentrañaremos la malicia de las máximas que ha establecido contra los preceptos de la ley natural y divina y contra el derecho de gentes, para abrir el camino á ese gran atentado; pero antes de hacerlo, repetirémos aquellas palabras de un escritor sagrado, quien al referir los males de su patria vendida á los griegos por los hombres malos de su pueblo, decía así: *ruego á los que lean este libro, que no se espanten por los casos adversos, sino que piensen, que lo que ha sucedido, no es para exterminio de nuestra nacion, sino para que aprenda y se enmiende.* (2) Eso dice el sagrado escritor, y lo mismo decimos desde ahora. Esto ha sucedido para que aprendamos; pero no para que se concluya el poder temporal del Vicario de Cristo, pues él se levantará con nueva gloria.

Tambien para preparar y consumir sin contradiccion esta hazaña sacrílega, se han pretendido introducir en el mundo dos unidades, una en el orden de la moralidad, y otra en el de las nacionalidades. La primera tenia por objeto trastornar las ideas de muchos católicos, amantes de sistemas nuevos, y poco cimentados quizá en los principios eternos de la verdad, á fin de que con su prestigio, adquirido como hombres de Estado, oradores elocuentes, escritores sábios, y aun como altos personajes en la sociedad católica, diesen apoyo á las teorías, que salian á volar por el mundo, atronando las conciencias pacíficas, así como taimado y silencioso se desprende un

(1) Mat., cap. II. v. 8.

(2) II Macab., cap. VI, v. 12.

cuervo de un árbol, cual Nabucodonosor le vió, turbando con sus graznidos la quietud de las aves. (1) En ese escrito, atribuido á un personaje muy elevado, se establecia un derecho nuevo respecto del Soberano Pontífice, cuyo despojo temporal se trataba como asunto en el cual pudiesen tener derecho legal de intervenir los reyes, á la mira de disponer como jueces, el modo conveniente para que viviese sin el poder temporal. Era este escrito, á la par que hipócrita, subversivo de los derechos natural y de gentes. ¿Quién ha autorizado jamás á los reyes, para que erigiéndose en tribunal, despojen á otro rey de su soberanía? Si ellos no se la han dado; si esta viene de Dios, como es verdad que viene; si esa soberanía es una herencia legítima, ¿cómo podrán los reyes despojar de ella á uno de sus hermanos? ¿Por los votos de ellos? Pues eso es lo que se llama el derecho de la fuerza; y ese derecho pretendia publicar aquel cuervo, contra cuyas voces perturbadoras y principios destructores se levantó el Episcopado de la Iglesia. Norabuena que los reyes quiten lo que ellos dan, si en justicia creen que deben hacerlo por el bien de su pueblo; pero ¿lo que no dan? Eso seria un latrocinio como otro, con la diferencia accidental de su calificación, latrocinio imperial ó real. Dios ha dado al Papa una corona de rey: ¿qué derecho tendrian á privarle de ella todos los reyes de la tierra? Una vez establecido ese derecho ¿qué consecuencias tan tristes establecian los reyes contra sí mismos! Preciso es decir, que si alguna mano real trazó las páginas donde tales doctrinas se insinuaban, no pertenecia á reyes que se sientan en el trono, subiendo á él por las gradas, sino escalándolo por las intrigas. Iba esa doctrina encaminada á seducir á los reyes, presentándoles un cuadro del aislamiento y separacion, en que se encontraban respecto del rey de la ciudad santa; aislamiento ocasionado por la santa resistencia, con que este se empeñaba en seguir en su política una marcha opuesta á la de ellos; lo cual se hacia, para

(1) No queremos que nadie se equivoque, creyendo que en este lenguaje metafórico, hay lo que no hay. Hablamos de escritos: ese cuervo que turbó al mundo con sus graznidos, es el folleto llamado *El Papa y el Congreso*, el cual salió de París á fines de 1859.

que llegado el momento de las invasiones brutales, abandonasen todos al santo rey, y lo dejaran entregado al destino que, según se decía, él mismo se había grangeado por su oposición constante á las reformas modernas. Iba además enderezada á corromper las ideas del pueblo católico, diciéndole que en los Estados romanos no se conocía ninguna de las felicidades, en que, como en lago lácteo, se bañaban los demás pueblos; para que los malos católicos, que no faltan, aun en las congregaciones de los justos, suspirando por una libertad, que puede llamarse dogal de los espíritus, y cadena disimulada de las dominaciones tiránicas, fuesen desertando de la tierra clásica de la verdadera libertad, se instruyesen poco á poco en el modo de formar revoluciones, gritasen por todas partes que en los dominios de la Iglesia no hay sino esclavos, y al fin volviesen á ellos protegidos por miles de soldados, y entrasen en Roma diciendo á gritos, (1) que la habían librado del cautiverio de la tiranía, que habían conquistado la libertad, y que habían consumado lo que se llamaba con impudor, *exigencia del derecho, reclamación de la justicia*.

Muchos años ha en efecto, que se está atronando nuestros oídos, con las voces de que nuestro santo Padre no quiere entrar en las vías de la civilización moderna, ni

(1) Trasladamos literalmente las palabras que el jefe del gobierno subalpino pronunció el 9 de octubre, en contestación á la comisión romana que le presentó el resultado del plebiscito del 2 del mismo. «Si debemos no poco á la fortuna, debemos mucho más á la justicia evidente de nuestra causa, al libre consentimiento de la voluntad, y á la mútua correspondencia de las promesas Ahora los pueblos italianos son verdaderamente dueños de sus destinos.» (*Gazzet. del pop.*, Rom. 11 Ottob. 1870, n.º 18, pág. 7 col. 2, lín. 25.) ¡Magnífica doctrina en los labios del jefe de una nación! Consagra con ella el derecho de la fuerza mayor; pero para sostener ese nuevo derecho, preciso es, que prepare un ejército formidable; porque ese mismo pueblo, *dueño de sus destinos*, mañana dirá que quiere darse á sí mismo otras instituciones, y enviar su jefe supremo al ostracismo, ó á otra parte peor. Esos acentos que se oyeron en el palacio Pitti, los habían vocingaleado las turbas forasteras, que entraron en Roma á millares el 20 de setiembre. La empresa de tomar á Roma *por una granizada de balas era lo más leal y lo más santo*: concluida la acción, se entonó *el himno de la victoria y de la libertad*. (*Gazzet. de Rom.*, 21 settem, pág. 2, lín. 25 y 37.)

reconciliarse con los sistemas del liberalismo de la época, ni abrir un camino en el progreso. Grosera calumnia es esta, pero muy propia de los que han aprendido de su maestro aquella máxima, *mentir siempre, y calumniar, porque siempre queda algo*. Notorio es, como afirma el santo Pontífice en su Encíclica última, y lo pueden atestiguar cuantos han vivido en sus Estados, que la enseñanza de todas las ciencias divinas y humanas, y la de todas las artes útiles al comercio de la vida, se hallaban en su apogeo. Sabe también todo el mundo, que los Estados pontificios eran los que en toda Europa mantenían más número de habitantes por milla cuadrada: nadie ignora, que el pueblo sometido á la jurisdicción temporal de los Papas no llamaba á estos reyes, sino Padres, porque allí no había, puede decirse, sino una gabela, el amor, el afecto: una sencilla contribución, cual la ley natural prescribe, con el fin de mantener las cargas del Estado, y procurar el bien público era todo el tributo de aquellos pueblos á su soberano: allí trabajaba el labrador todo el año para sí y para sus hijos, sin saber que hubiese en el mundo recaudadores que fuesen al hogar pacífico á exigir á viva fuerza, siquiera la milésima parte de su sudor; allí no se arrancaba á la madre su hijo, para conducirlo á la boca de un obús enemigo, ni se vestía más luto que el que pagamos á la naturaleza por la muerte de nuestros objetos amados; allí todo era paz, tranquilidad, felicidad, viviendo los súbditos con su rey, como los hijos de los patriarcas al lado de estos.

Pero la civilización moderna ha desterrado de la tierra esta vida pacífica, dando en cambio á los pueblos una felicidad, que se quiere hacer consistir en estar todos en movimiento continuo, trabajando sin cesar para formar partidos políticos, ganar votaciones, derrocar á los que mandan, para mandar, despojar de su puesto á un empleado que come, para comer, unirse los hombres para perorar, disputar y sancionar cada día una ley que no se ha de observar, y formar oligarquías despóticas, que imponen á los soberanos, y tienen en conmoción á los pueblos. La civilización moderna ha dado á los pueblos una panacea venenosa que los tiene adormecidos, para

poder abusar de ellos los hombres de la revolucion. Les han dicho que son libres, y con esto los han derribado de su vigor y han producido en ellos un marasmo mortal; pues con ese lema de libertad los tienen trabajando, al labrador todo el año entre hielos y ardores, al comerciante entre ansiedades, al artífice entre sudores, para que sostengan ejércitos sin número, naves sin fin, instrumentos de guerra sin término, y despues vayan sus hijos á morir en calles y barricadas; en combates horrosos; y todo esto, por sostener una idea falsa, por defender á un ambicioso astuto, por echar á tierra á un candidato, ó por apoyar á un falsario que ha tenido el arte de engañarlos á todos.

Estos resultados de la civilizacion moderna los estamos viendo; y tambien palpamos ese estado pavoroso de los pueblos, que están como hartos de vivir así, y en una sobreexcitacion continúa, que no saben de donde les viene, pero que los impele á romper todo dique, y entregarse al mas sanguinario comunismo y á todos los excesos. Y, siendo estos los efectos de esa civilizacion moderna, ¿podia el rey de Roma entrar por las vías de un progreso que haria infeliz á su pueblo? ¿Podia establecer esos partidos políticos, que se miran unos á otros como hienas, y tienen en conmocion habitual á los hombres, convierten la nacion gobernada antes por un rey, en pueblo mandado por cien tiranos; los cuales destronan hoy, y coronan mañana, hoy condenan á un hombre, y mañana le rinden honores, hoy dicen sí, y mañana dicen no; y entre tanto, comen, beben, se divierten, tienen orgías, y se entregan á todo exceso, consumiendo en sus conspiraciones y en sus triunfos los sudores del pueblo? No: el Sumo Pontífice no podia entrar en esos llamados progresos de la civilizacion moderna; porque entonces no hubiera sido rey segun el corazon de Dios. No hizo Dios los reyes, sino para que fuesen padres de los pueblos, pues los llaman las santas Escrituras *padres y pastores*, que velan por el bien comun. Dios formó la sociedad humana para otros fines, mas altos y mas nobles que los que le señala la civilizacion moderna; no para que vivamos en ese malestar moral, que nos causan esos sistemas de la

filofia que ha invertido el órden social. Dios ha criado al hombre para sí, y viene cada individuo á formar cuerpo con la gran familia, para vivir en paz con sus hermanos que son todos los hombres; para esto viene protegido por el derecho con que entra en el mundo, que es el de obedecer, pues nace sometido á potestades superiores, (1) y no hay ley alguna, natural ni divina, que le dé derecho para rebelarse contra ellas. El soberano Pontífice, por lo tanto, ha obrado conforme á derecho y justicia, y segun los preceptos que Dios impone á los reyes, no permitiendo que se introduzcan en su pueblo esos progresos, que no dan otro resultado, sino la destruccion de la autoridad, el envilecimiento de las potestades subalternas, la degradacion del pueblo, su empobrecimiento, su miseria y su ruina.

Tambien se ha estado gritando, largos años hà, contra la esclavitud intelectual de los felicísimos súbditos del romano Pontífice. Allí, se decia: no hay libertad del pensamiento: la razon no puede dar vuelos: el Papa no quiere ceder, ni conceder esa libertad. Todo esto se ha propalado; pero es este otro tegido de calumnias, de sofismas filosóficos, de anfibologías y absurdos en el órden de las ciencias naturales y en el de las sobrenaturales. ¿Quién es, en efecto, el que ha defendido la libertad natural del entendimiento humano, si no el Vicario de Cristo? ¿Quién el que ha sostenido y protejido la verdadera libertad social, y la que han tenido los verdaderos sabios, para tratar de las cosas divinas? ¿No son estos los que bajo la direccion de los romanos Pontífices han enriquecido la sociedad con volúmenes, numerosos ya como las arenas del mar, en los cuales resplandecen todos los conocimientos de las ciencias naturales, unidos admirablemente con una sabiduría altísima de las divinas, sin que haya en la explicacion de estas el mas leve error, y guardando armonía lo que es humano con lo que es divino? Al tratarse de las ciencias naturales todo entendimiento es libre, y es esclavo. Pues ¿quél el matemático que trata de aritmética, el cronólogo que de-

(1) Hebr., cap. XIII. v. 11.

fine el orden del tiempo, el regulador de las series de las cosas, que son libérrimos para tratar sobre esas materias con elevacion y elocuencia, ¿son acaso libres para enseñar que tres y dos hacen seis unidades, que el año mil empezó antes que el centésimo, y que la unidad cuarta precedió á la primera? Quien enseñase esto, no seria calificado de tener un pensamiento libre, sino un entendimiento extraviado, ó de ser un estúpido, ó como uno de esos pájaros, que oyen los ecos del hombre, y repiten sin armonía ni concierto sonidos inciertos y de meros autómatas. El hombre se debe á la verdad, y segun la sana lógica, nunca puede discurrir contra ella.

Y sucede otro tanto en la explicacion de las ciencias naturales con relacion á las divinas. Libre es el filósofo para explicar los fenómenos de la luz, el curso de las aguas, la potencia matriz de los cuerpos y el organismo natural de estos. Pero ¿es acaso libre de invertir el orden de la naturaleza, diciendo que el rayo de luz no sale del foco, que el rio no proviene de la fuente, que el cuerpo se mueve sin potencia motriz, y que la parte vale mas que el todo? Esta esclavitud impone á cada entendimiento la ley eterna, y quien pretenda llamarse libre para decir lo contrario á esos principios, será tenido, por ante el tribunal del sentido comun, por un hombre privado de razon. Y esto es lo que cabalmente está sucediendo con esa libertad del pensamiento que la sociedad moderna pretende entronizar en la tierra: se intenta dar sancion á las locuras del hereje y del impío, que no quieren creer en la religion que Dios ha revelado, sino en la que se forjan ellos mismos; que se empeñan en afirmar, que su entendimiento bañado con un rayo de luz divina, (1) es mas que el foco infinito de luz, que es Dios; que afirman que deben su caudal de ciencia, no á la fuente divina de donde descende todo don perfecto, (2) sino á sí mismos; que su alma discurre, no porque Dios le haya dado facultad espiritual para ello, sino por-

(1) Ps. IV v. 7.

(2) Jac., cap I, v. 17.

que tienen un cerebro y unos filamentos encefálicos más finos que los de los animales; y por fin, que cada uno de sus pensamientos vale tanto como aquel entendimiento infinito, del cual afirman que son emanacion, no creacion limitada, é infinitamente imperfecta comparada con Dios, de quien dicen que no necesitan ellos, ni hombre alguno, ni la sociedad. Todo esto podrá llamarse filosofia; pero es una filosofia de manicomio.

La libertad del pensamiento en el sentido que la proclaman los libres pensadores, así como es un absurdo en el orden natural, es una herejía en orden á las ciencias divinas; pues constituye un desprecio formal de Dios, y de la doctrina que él nos ha revelado, y entraña la destruccion del cuerpo místico de la Iglesia, que es columna y firmamento de la verdad, (1) y la desaparicion de la piedra visible, sobre la cual estriba este edificio. ¿Podrá, por tanto, el soberano Pontífice, ni como Maestro universal de la Iglesia, ni como rey de su pueblo, conceder esa libertad, que hoy dia reina en todas partes de escribir contra la verdad revelada, contra la moral del Evangelio, contra los principios del derecho natural, y hasta contra el pudor? El que condenó á Pelagio, porque daba al albedrio humano una fuerza que inferia injuria y detrimento á la gracia divina, el que anatematizó á Lutero, rebelado contra la autoridad de la Iglesia á nombre de la libertad, para enseñar despues, que el hombre en materia de sus destinos eternos era un esclavo, un jumento sin ginete, para servirnos de su grosera locucion, sobre el cual cabalgaba Dios, si llegaba el primero, ó el demonio si le cogia la delantera, llevándolo cada cual, irrevocablemente y sin su consentimiento libre, ó al cielo ó al infierno: el que sabe infaliblemente, que la paz, la felicidad y la prosperidad de los pueblos está cimentada en la observancia de la ley de Dios y en la obediencia á la autoridad: el que sabe infaliblemente tambien, que las malas doctrinas corrompen las buenas

(1) II, Timot., cap. III, v. 15.